

EL ALBA

Vol. 34 No. 2

Marzo - Abril 2019

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinigung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: 199 Railroad Avenue, East
Rutherford, NJ USA 07070

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Venciendo al Mundo 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Servir Con Humildad 16

El Costo del Discipulado 19

El Hijo Pródigo 22

El Hijo del Hombre Salva 25

Venid en pos de mí 28

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

EL REPOSO, O EL SÁBADO
DE LA NUEVA CREACIÓN
Parte 2 31

Anuncio 40

The Dawn – SPANISH Edition

MAR – APRIL 2019

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

Venciendo al Mundo

“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.” — Juan 16:33

A MEDIDA QUE Jesús se acercaba al final de su ministerio en la carne estaba más preocupado que nunca por el bienestar de sus discípulos. Sabía que sin la iluminación del Espíritu Santo no serían capaces de entender por completo el significado de los eventos aparentemente trágicos que rápidamente se aproximaban. Sin embargo, se esforzó por preparar sus mentes y sus corazones tanto como fuera posible para que no tropezaran y estuvieran listos para entrar en los privilegios de la Edad Evangélica que iban a abrirse en el inicio de Pentecostés. Así los ministró directamente y oró por ellos para este fin.

Los discípulos ya habían aprendido que ser un seguidor del humilde Nazareno no les traía la buena voluntad ni la aprobación del mundo, particularmente del mundo religioso de ese día. Aun habiendo momentos en que las multitudes se reunieron en torno a su amado Maestro, con demasiada frecuencia el motivo resultó ser el beneficio material que esperaban recibir de los milagros realizados, “comer de los panes” y “saciarse” (Juan 6:26). Pocos se interesaban hasta el punto de estar dispuestos a sacrificarse con el fin de ser discípulos de

Jesús y con frecuencia había oposición manifiesta hacia él.

Antes de que crucificaran a Jesús, sus discípulos probablemente pensaron que de alguna manera vencería esta oposición y se convertiría en el líder y Rey aceptado de Israel y, en última instancia, de todo el mundo. ¿No había escrito el profeta acerca de él: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite... desde ahora y para siempre” (Isa. 9:7)? Aún no sabían que primero era necesario que sufriera y muriera por el mundo antes de cumplirse las profecías relativas a la gloria de su reino (Lucas 24:26). Su esperanza era compartir la gloria del Maestro, que creían cerca.

Jesús no ocultó a sus discípulos la realidad de su muerte inminente, pero de alguna manera ellos creían que lo que les decía debía de tener otro significado. “Mi carne... daré por la vida del mundo”, había dicho (Juan 6:51). También les dijo que debía ir a Jerusalén, donde sufriría muchas cosas y finalmente se le mataría. Al escuchar esto, Pedro dijo: “Señor, ... en ninguna manera esto te acontezca”, lo que indica que pensó que Jesús estaba equivocado al estimar la fuerza de sus enemigos o que se le podría disuadir de exponerse imprudentemente al peligro. —Mat. 16:21,22

Jesús, sin embargo, quiso decir exactamente lo que dijo con respecto a su próxima muerte inminente, a pesar de que los discípulos no pudieran creer que realmente sucedería. Jesús sabía que todavía estaban viendo sus privilegios de discipulado en gran medida desde el punto de vista de las ventajas materiales de la gloria que esperaban obtener al estar asociados con él. De hecho, lo amaban, y amaban la causa mesiánica de la cual estaban

convencidos de que era el líder divinamente designado, pero aún no entendían tan claramente, como descubrirían más adelante, que el sufrimiento y la muerte estaban asociados con esta causa, así como la gloria y la honra. Los profetas habían predicho los “sufrimientos de Cristo” así como las “glorias que vendrían tras ellos”, pero hasta el momento sólo conocían la gloria prometida, y esa gloria es la que esperaban compartir. — 1 Ped. 1:10,11; Isa. 53:1-12

Jesús lo sabía, así que en los últimos días de su ministerio se esforzó por prepararlos para lo que preveía que aún sería su experiencia. “Si el mundo os aborrece”, dijo, “sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero... yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.” “Estas cosas os he hablado”, continuó el Maestro, “para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios.” —Juan 15:18-20; 16:1,2

Parece que no hay manera de malinterpretar el significado de afirmaciones como éstas, ya que hablan de una inminente calamidad. Además de decirles que la muerte podría ser su recompensa por seguirle, también les advirtió: “He aquí la hora... ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16:32). Tales declaraciones, provenientes de una fuente confiable, ciertamente podrían generar temor y un temible presentimiento de un futuro desastre. Sin

embargo, Jesús explicó además: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.” —v. 33

Palabras como las anteriores parecen una forma extraña de animar a la gente y calmar sus corazones. Sin embargo, es bueno notar que no fue tanto la advertencia de futuros problemas lo que se calculó para dar paz y buen ánimo a los discípulos, sino el hecho de que cuando llegaran, comprenderían su significado y se darían cuenta de que tenemos el privilegio de sufrir con él. Jesús quería que supieran también que ha vencido al mundo y que a ellos también se les daría fuerzas para vencerlo si permanecían fieles. Con esta garantía de victoria podrían tener “buen ánimo” a pesar de la oposición del mundo. Saber que sufrían con el Maestro no disminuía su dolor, pero les daría valor para continuar.

LA GUERRA CRISTIANA

En el ejemplo dado por la propia vida y ministerio de Jesús, y a través de sus enseñanzas, así como por las de sus apóstoles, está claro que la vida cristiana es una lucha contra la oposición; una guerra en la que estamos inmersos en el combate contra los formidables enemigos, que sin duda nos dominarían a menos que nos asistiera la fuerza divina para superarlos. Satanás, el diablo, es el jefe de nuestros enemigos, y sus aliados son el mundo y nuestra propia carne caída (1 Pedro 5:8). Como nuevas criaturas en Cristo Jesús, nos encontramos enemistados con estos tres, y esta lucha continuará mientras estemos en la carne.

Descriptivos de nuestros esfuerzos por someter la carne son términos bíblicos como “mortificar” y “crucificar” (Col. 3:5; Rom. 6:6; Gál. 2:20; 5:24; 6:14). Hablando de sí mismo el apóstol Pablo escribió: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre” (1 Cor. 9:27). Por otro lado, el término “vencer” se usa en el Nuevo Testamento para describir la victoria del cristiano sobre Satanás, y sobre el mal que es la base del mundo del cual él es el príncipe. “No seas vencido do lo malo, sino vence con el bien el mal”, escribe Pablo (Rom. 12:21). Juan habla de vencer al “maligno” (1 Juan 2:13,14) y de que el “nacido de Dios vence al mundo.” —1 Juan 5:4

El apóstol Juan quedó muy impresionado con lo que el Maestro dijo sobre la superación del mundo, ya que no sólo hizo un registro en su Evangelio, que Mateo, Marcos y Lucas no hacen, sino que amplía este tema en sus epístolas. Juan también parecía apreciar en gran medida el pensamiento del amor divino como se manifiesta en la venida de Jesús a ser el Redentor del hombre. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”, registra (Juan 3:16). Y con referencia a nuestro privilegio de ser coherederos con Jesús, escribe: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.” —1 Juan 3:1-3

Es útil al considerar el asunto de vencer al mundo recordar que ha habido dos grandes principios que operan en la tierra desde el pecado original del hombre: el amor y el egoísmo, o el bien y el mal. Probablemente fue la clara visión del apóstol Juan del amor divino y lo que significa para las criaturas de Dios, lo que le ayudaron a discernir la importancia de la declaración del

Maestro sobre la cuestión de la superación del mundo. Para Juan significaba que Jesús había salido victorioso sobre el espíritu maligno y egoísta del mundo.

El Creador, nuestro Padre Celestial, es el autor del amor, y a lo largo de los siglos ha sido su patrocinador. Satanás lo es del egoísmo. Estos dos principios han estado en guerra desde la caída del hombre. Los cristianos verdaderos a los que Dios ha llamado a servirle y que han permanecido fieles a los términos de su vocación han sido motivados únicamente por el amor; han sido “engendrados por Dios”, es decir, por su Espíritu (1 Pedro 1:3; 1 Juan 5:18). El resto de la humanidad, en mayor o menor medida, ha pasado por la vida con el principio de egoísmo controlándolo en mayor o menor grado. Ciertamente no todos han sido maliciosos, injustos o desagradables. El hombre fue creado a imagen de Dios, y los vestigios de esta imagen aún permanecen y se manifiestan en hechos de bondad por parte de muchos.

Por mucho que sean dignos de elogio, no son sólo las buenas obras ni los actos de caridad lo que constituyen la superación del mundo y de su espíritu, de lo que Jesús nos dio ejemplo. Más bien se trata de un punto de vista distorsionado sobre el objetivo de la vida, desde el principio de vivir para uno mismo hasta el principio de vivir para Dios al dedicar nuestras vidas a su servicio. Se ha dicho que la autoconservación es la gran ley de la naturaleza; es indudablemente cierto con respecto a todos los órdenes inferiores de las criaturas de Dios aquí en la tierra, y con razón. Es sólo por el pecado y el mal gobierno de Satanás, sin embargo, por el que lo

han adoptado los seres humanos como motivo dominante de la vida.

El interés propio ha llegado a ser tanto una forma de vida en el mundo que se considera normal y loable. Es un principio que en gran medida gobierna el “presente siglo malo” sobre el cual Satanás es el “príncipe” (Gál. 1:4; Juan 12:31). Esto también fue cierto en épocas pretéritas, a lo largo de los muchos siglos desde la caída del hombre de la perfección. Algunos, en lugar de estar a la deriva con las olas de egoísmo que ha barrido a la mayoría de la humanidad, han remado contra corriente: han dedicado sus vidas desinteresadamente a causas que, de alguna manera, esperan mejorar el estado actual del hombre, o al menos aliviar los sufrimientos de aquellos que no son capaces de ayudarse a sí mismos. Estos tendrán su recompensa en el debido tiempo de Dios.

La única “causa” que realmente eliminará el egoísmo y establecerá el amor en toda la tierra como modo de vida es el plan de redención de Dios a través de Cristo. Por lo tanto, los únicos que realmente pueden vencer al mundo en el momento actual, en el sentido bíblico, son aquellos que siguen fielmente sus pasos de sacrificio. Antes del primer advenimiento de Jesús hubo algunos que captaron el espíritu de la causa mesiánica y con mucho gusto dedicaron su vida a ella. Pablo enumera a algunos en el capítulo 11 de Hebreos. Moisés fue uno de ellos: “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los

egipcios; porque tenía la mirada puesta en el galardón.”
—Heb. 11:24-26

Juan escribió que la victoria que vence al mundo es la fe. (1 Juan 5:4) Sobre esta base, Moisés fue un vencedor. Si la visión del mundo es importante habría sido una gran ventaja para Moisés permanecer en Egipto y aceptar la membresía legal en la familia de Faraón. Desde el punto de vista del interés propio tenía todo que perder y nada que ganar al abandonar y defender la causa de su pueblo. Sin embargo, como explica el apóstol, “por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible” (Heb. 11:27). Moisés tuvo fe en las promesas de Dios y confiaba en que un curso de vida coherente con esas promesas sería mejor para sus intereses eternos, aunque significara la pérdida de casi todas las ventajas terrenales.

JESÚS, EL GRAN EJEMPLO

En Jesús tenemos nuestro mayor y más amplio patrón de amor como forma de vida; no sólo nos dio ejemplo, sino que mandó amarse a sus seguidores: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado” (Juan 13:34). Sin embargo, este punto de vista no fue bien entendido ni apreciado por la gente del tiempo de Jesús, y hasta Pentecostés sus propios discípulos no comprendieron su importancia real. Al decirle al joven rico que vendiera todo lo que tenía y lo diera a los pobres éste se fue triste. Al seguir la ley de la autoconservación, había acumulado esos bienes como protección para el futuro y no estaba dispuesto a

abandonar la idea de que algún día necesitaría su riqueza. —Mat. 19:16-22; Lucas 18:18-23

Incluso los discípulos se mostraban perplejos ante este consejo para el joven rico, que parecía reflejar un abandono de todo interés egoísta. Al comentar el incidente Jesús explicó a sus discípulos que sería más fácil para un camello atravesar el ojo de una aguja que para un hombre rico entrar en el reino de Dios. Luego preguntaron: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?” Jesús no respondió directamente a esta pregunta, simplemente observó: “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible.” Pedro, deseando entender una filosofía tan diferente de cualquiera a la que estaban acostumbrados, dijo: “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” — Mat. 19:23-27

La importancia de la pregunta de Pedro es obvia. “Lo hemos dejado todo”, dijo. En otras palabras, le estaba recordando al Maestro que, como sus discípulos, habían cumplido con las condiciones de discipulado que buscaba imponer sobre el joven rico. De hecho, su “todo” probablemente no era tanto como el del joven rico, pero el principio es el mismo. Habiendo hecho este sacrificio querían naturalmente saber qué podían esperar obtener a cambio. Este fue el quid de la cuestión de Pedro. Revela que aún no había captado el verdadero espíritu del discipulado pues para él aún era más o menos una propuesta de negocios que esperaba que le proporcionara mayores réditos, al menos en honor y prestigio, que su negocio de pesca. En lugar de ser un humilde pescador tenía la esperanza de una posición

prominente en el reino de Cristo de ser un gobernante, un príncipe, un grande entre los hombres.

Cuando Jesús anunció a sus discípulos que iba a Jerusalén y que esperaba ser arrestado allí y condenado a muerte, Pedro le amonestó: “Señor, ten compasión de ti”, o, como se lee en la *Traducción Literal de Young*: “sé amable contigo” (Mat. 16:22). La respuesta de Jesús fue: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (v. 23). Pedro estaba tratando de persuadirle de que debía permitir que el interés propio le influenciara para no ir a Jerusalén, donde sabía que sus enemigos le habían tendido una trampa para arrestarle. Al hacerlo, sin saberlo, Pedro estaba defendiendo la causa de Satanás, quien siempre alienta a los hombres a considerarse primero a sí mismos.

La gente mundana, sobre la que Satanás es príncipe, naturalmente piensa primero en sí misma la mayor parte del tiempo. Se ha convertido en el modo de vida del hombre desde los días del Edén, pero no es el camino de Dios. Jesús estaba introduciendo un nuevo camino, el del amor desinteresado. En el mundo de Dios “en el cual mora la justicia”, es la única manera permitida (2 Ped. 3:13). Sin embargo, ahora es el simple camino de los discípulos de Jesús, introducido por él durante su ministerio terrenal.

Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mat. 16:24,25). Pedro había aconsejado a Jesús que salvara su

vida, pero Jesús le explicó aquí que aquellos que intenten salvar su vida, la perderán mientras que quienes la pierdan en sacrificio, la hallarán. Es dudoso que los discípulos entendieran la profundidad de esta declaración en ese momento, pero fue sólo un método con el cual Jesús explicó la diferencia entre el camino del interés propio y el del amor, amor que se manifiesta por un interés abnegado en nombre de los demás.

Jesús estaba “perdiendo su vida” sacrificándose por los demás, de hecho, por toda la humanidad. Más tarde, a las mujeres que estaban a la entrada de su tumba vacía se les mandó ir y decir a los discípulos que había sido levantado de entre los muertos, y en esa comisión se menciona especialmente a Pedro: “Id, decid a sus discípulos, y a Pedro” (Marcos 16:7). Pedro probablemente no había comprendido bien cuando Jesús explicó que las personas que pierden sus vidas en el servicio divinamente dirigido de Dios los salvaría. Sin embargo, ahora parece que Jesús, al prestar especial atención a la resurrección, quería poner la lección en la mente y en el corazón de Pedro. Sin duda el pensamiento de Jesús fue: “Dile a Pedro que mi vida ha sido salvada. Quería que me salvara evitando egoístamente el privilegio del sacrificio. Al igual que los hombres del mundo consideraba insensato que en una emergencia pensara en nadie más que en mí. Pensó que debía protegerme, pero cuando le digas que he resucitado de los muertos se dará cuenta de que mi vida se ha salvado a la manera de Dios, no siguiendo primero el principio mundano del yo.”

VENCIENDO AL MUNDO

Vencer al mundo significa que al cumplir con los términos de nuestra consagración nos oponemos al principio del egoísmo del que estamos rodeados por todas partes y dejamos nuestras vidas desinteresadamente al servicio de Dios, la verdad y los hermanos. Como cristianos hemos sido llamados fuera del mundo, y debemos permanecer separados de él y no permitir dejarnos influenciar por su punto de vista y sus propios intereses. Todavía no es el momento de reformar el mundo ni de cambiar su punto de vista general del egoísmo al sacrificio. Por lo tanto, nuestra prueba es seguir estando separados del mundo, y al abandonar el punto de vista de nosotros mismos en primer lugar, nos esforzamos en perder nuestras vidas por la causa del amor y servicio divinos.

Vencer al mundo tiene implicaciones mucho más serias que simplemente abstenerse de participar en algunos de sus placeres. De hecho, muchos de los placeres del mundo están inspirados egoístamente y, por tanto, deben rechazarlos quienes intentan vencer al mundo. Sin embargo, no pensemos que somos vencedores fieles simplemente porque nos mantenemos alejados de estas cosas.

Como seguidores del Maestro se nos está preparando para compartir con él el gobierno del nuevo mundo de Dios; por lo tanto, se nos está entrenando en los principios del amor. Bajo la influencia del amor estamos perdiendo nuestras vidas en sacrificio. Esto no significa que no tengamos alegría en la vida; de hecho, si estamos a la altura de nuestros privilegios, el gozo del Señor será nuestro. Si, por otro lado, no hemos

aprendido a apreciar el camino del amor y el sacrificio lo suficiente como para encontrarlo, y las promesas de Dios asociadas con él, una parte completamente satisfactoria que compensa con creces todas las alegrías insignificantes de este mundo, debemos examinar nuestros corazones para descubrir lo que anda mal. Si tenemos que ir al mundo para encontrar diversiones placenteras mientras ponemos nuestras vidas por Dios, podríamos cuestionar seriamente si somos o no tan victoriosos como deberíamos.

La tribulación que tenemos en el mundo de la que habló Jesús en nuestro texto de apertura será proporcional al grado en que nuestro curso en la vida sea contrario al espíritu del mundo. El mundo ama lo suyo, explicó Jesús (Juan 15:19). Si el mundo no encuentra nada en nosotros, o en nuestro modo de vida, que sea contrario a él, entonces podemos cuestionar el curso que hemos tomado o el grado de nuestra superación.

Sin embargo, si estamos venciendo al mundo, estamos obligados, en algún momento y de alguna manera, a sentir su oposición porque “en el mundo tendréis aflicción” (Juan 16:33). Sin embargo, podemos tener buen ánimo, no porque nos regocijamos en los problemas, sino debido a esta evidencia de aprobación divina. Podemos tener gozo por nuestra fe en las promesas de Dios de que, aunque ahora estamos perdiendo nuestra vida terrenal, abandonando todo lo que el mundo considera valioso, estamos seguros de lograr una vida más abundante porque “perseverando en bien hacer” buscamos “gloria y honra e inmortalidad.” —Juan 10:10; Rom. 2:7

“VENID EN POS DE MI”

El mundo de los días de Jesús se volvió contra él y finalmente lo mató. No debemos esperar un mejor trato hoy. Como explicó Jesús, el siervo no puede estar por encima de su Maestro (Juan 15:20). La razón por la que el mundo odiaba a Jesús es que su forma de vida era contraria a la de él. Con su ejemplo de sacrificio condenó su forma de egoísmo, y con sus enseñanzas expuso sus errores generalizados mientras que él mismo enseñaba verdades impopulares.

Al igual que sus discípulos, escuchamos el llamado del Maestro: “Venid en pos de mí” (Mat. 4:19). Seguir a Jesús significa mucho más que simplemente admirarlo. Seguir fielmente sus pasos significa que nuestras experiencias en el mundo serán similares a las suyas. Él ha “vencido al mundo”, sin embargo, y nosotros podemos hacer lo mismo si, como él, mantenemos ante nosotros el objetivo de la voluntad divina y confiamos plenamente en la gracia prometida por el Padre Celestial de ayudarnos en tiempos de necesidad. —Heb. 4:16

Como pronto participaremos de los emblemas de la Conmemoración de este año, alegrémonos más que nunca de lo que significan como símbolos de la muerte de Jesús como Redentor del hombre. Recordemos también que, debido a su gran obra redentora ahora tenemos el privilegio de morir con Jesús por poner nuestras vidas en hacer la voluntad de Dios. Si somos fieles en esto, seremos verdaderos vencedores, y habremos cumplido en nosotros mismos la promesa del Maestro: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi padre en su trono.” —Apoc. 3:21

Servir Con Humildad

Versículo Clave: “Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.”

— Lucas 14:11

Escritura Seleccionadas:

Lucas 14:7-14

JESÚS nos proporciona en nuestro versículo clave un tema central de la vida cristiana: la humildad personal. Si perseguimos la propia exaltación, seguramente seremos humillados en algún momento del tiempo; si, por otro lado, nos humillamos voluntariamente seremos exaltados por nuestro Padre Celestial. Esto está en armonía con el principio divino: “No os engaños; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gal 6:7,8). Vamos a saborear el fruto de la humildad o de la desesperación del fruto de nuestro orgullo.

La audiencia principal de Jesús para esta lección fue una reunión de líderes religiosos en la casa de un prominente fariseo. A estos hombres les encantaban “las primeras sillas en las sinagogas y los primeros asientos en las fiestas” (Marcos 12:38-40). Nuestro Señor

enmarcó la lección de la humildad con una parábola basada en un texto del libro de Proverbios. Sin duda, estos hombres religiosos estaban familiarizados con las palabras del Antiguo Testamento, porque se consideraban guardianes de la Palabra de Dios. La advertencia fue: “No te alabes delante del rey, ni estés en el lugar de los grandes; porque mejor es que se te diga: Sube acá, y no que seas humillado delante del príncipe a quien han mirado tus ojos.” —Prov. 25:6,7

¿No sería muy embarazoso ocupar un puesto de honor y luego, frente a todo el mundo, ser enviado a un asiento humilde? Seamos precavidos y evitemos ese pensamiento presuntuoso. Como el salmista declaró: “¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos.” —Sal. 19:12,13

En virtud de nuestra naturaleza caída es fácil suponer que debe honrárse nos a causa de la madurez espiritual o por los años de servicio en la causa de Dios. ¡No! La humildad debe reinar continuamente en nuestro corazón. En el esquema eterno de las cosas, los contenciosos, orgullosos y jactanciosos se encontrarán humillados por Dios. Jesús dijo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí” (Mat. 7:21-23). Recordemos siempre: “Antes del quebrantamiento se eleva el corazón del hombre; y antes de la honra es el abatimiento.” —Prov. 18:12

Las lecciones de Jesús sobre la necesidad de la humildad dejaron una impresión duradera en el corazón del apóstol Pedro, quien nos trasmite este principio final en las líneas finales de su primera epístola: “Todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Ped. 5:5-7). Nuestra humildad bajo la supervisión de Dios nunca es para menospreciarnos; siempre es para nuestra bendición y crecimiento cristiano y muestra el cuidado de Dios por nosotros. Así puede que apreciamos el privilegio, el beneficio y la bendición de servir a Dios con humildad.

El Costo del Discipulado

Versículo clave: “*El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.*”
— *Lucas 14:27*

**Escrituras
Seleccionadas:** *Lucas 14:25-33*

NUESTRO versículo clave nos indica el costo del discipulado. En resumen, cuesta todo lo que tenemos. Este pensamiento inicialmente puede abrumar a la mente natural; sin embargo, la mente espiritual entenderá (1 Cor. 2:12-16). Para seguir a Jesús con éxito y ser su verdadero discípulo en el sentido más

completo se requiere tomar nuestra propia cruz y llevarla “a diario.” —Lucas 9:23

En el contexto de nuestra Escritura seleccionada, el ministerio de Jesús estaba logrando un éxito evidente y lo seguían grandes multitudes. Sería atractivo para las personas con mentalidad natural que el Maestro predicase un mensaje suave y halagador. ¿Por qué ofender a la multitud y arriesgarse a perder potenciales discípulos? Las palabras de Jesús debieron de haber sido impactantes: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:26). Aquí les contaba sobre el costo del discipulado.

¿Cómo es posible que Jesús predicara el odio a los padres, hermanos o hijos? El odio del que hablaba Jesús no es de malicia, avaricia o ira; más bien es una realización del valor relativo de las cosas más preciosas para nosotros. En comparación con el don de convertirse en hijos de Dios, engendrado de su Espíritu Santo, todo lo demás carece de importancia. Reconocemos el valor precioso de la familia terrenal, pero la muerte finalmente separará los lazos terrenales. Sin embargo, nuestra adopción en la familia de Dios a través de Cristo es eterna, y por lo tanto no tiene precio. Todo lo que tenemos en este mundo no es nada en comparación: afectos, amistades, honores y riqueza. “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y pierde su alma? Todo el que quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará.” —Marcos 8:36,35

El apóstol Pablo comprendió este principio. Después de relatar su impresionante resumen de logros, concluyó: “Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.” —Fil. 3:7-11

La “participación” de los sufrimientos de Cristo se logra a través de la cruz. Esta orientación, como se indica en nuestro versículo clave, no significa que debemos llevar literalmente una gran cruz con nosotros durante el curso de la vida diaria. La carga de la cruz es el dolor, la fatiga, el reproche y la humillación asociados a dejar brillar nuestra luz diariamente. Nuestro Señor Jesús experimentó estas cosas de manera aguda mientras caminaba por las calles de Jerusalén en su camino hacia el Gólgota. Cada uno de nosotros debe llevar la cruz que nuestro Padre Celestial nos ha dado. Esto nos costará mucho de nuestro tiempo, energía y reputación terrenal. Jesús declaró: “Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:33). Por lo tanto, dar nuestro pequeño todo a Dios por Cristo es un coste muy modesto por el valor inestimable del discipulado.

El Hijo Pródigo

Versículo clave: “Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.”
— ***Lucas 15:22-24***

***Escrituras
Seleccionadas:
Lucas 15:11-24***

NUESTRA lección se conoce comúnmente como la parábola de El Hijo Pródigo, debido al apetito imprudente del hijo por los placeres terrenales y el gasto excesivo; sin embargo, con mayor validez, podría titularse la parábola de El Padre Misericordioso y Amoroso. Claramente el padre de esta historia está destinado a representar a Dios, ya que la naturaleza y la profundidad del amor y la misericordia de nuestro Padre Celestial se enfatizan poderosamente en las palabras que habló Jesús. Como un padre, Dios anhela y espera que los pecadores arrepentidos regresen a él; pues no es un destructor, sino un salvador.

Aquellos que deseen arrepentirse de los caminos pecaminosos y ser recibidos nuevamente en la familia de Dios no encontrarán ninguna otra parábola tan útil para iluminar el amor de Dios y su deseo de aceptarlos. Se sienten alentados por su representación

del Padre como alguien que no sólo está dispuesto a recibirlos, observando y esperando cualquier señal de regreso y luego corriendo para encontrarse con el arrepentido. Jesús dijo: “Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.” —Lucas 15:7

Este retrato de Dios contradice la percepción general que se tiene de él. Credos erróneos han tergiversado su carácter causando que la mayoría de la gente le tema. Por eso no esperan de él una recepción cálida o amorosa. El hecho de que el padre de esta parábola observara y esperara a su hijo descarriado, e incluso saliera corriendo a recibirlo, es un testimonio poderoso de la naturaleza amorosa de Dios. A medida que el pensamiento apropiado del carácter de Dios llega a aquellos espiritualmente pobres y degradados, reciben una esperanza renovada de un regreso completo a Dios y su aceptación por él.

El hijo pródigo recuperó el sentido; se despertó al darse cuenta de su extrema necesidad y del hecho de que su padre tenía una riqueza abundante. Su padre probablemente estaría dispuesto a permitirle compartir parte de las bendiciones que ya no se merecía, incluso si se trataba de vivir como un sirviente. Su expresión, “Me levantaré e iré a mi padre”, representa lo que debería ser la actitud de todos los que se arrepienten (v. 18) De hecho, todos debemos percibir nuestra propia necesidad y la abundante provisión que Dios ha hecho en Cristo Jesús para el perdón de nuestros pecados. Al ser así perdonados, somos bienvenidos nuevamente a su amor y

cuidado, y en armonía con aquel de quien fluyen todas las bendiciones.

El gozo de la dulce reconciliación con Dios se pone de manifiesto en la lección de hoy. Nosotros, como cristianos, nos hemos reconciliado con Dios a través de Jesús y ahora se nos ha confiado un ministerio de reconciliación (2 Cor. 5:18). “Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (v. 20). Como embajadores de Dios se nos encarga predicar la palabra de reconciliación. “En nombre de Cristo”, rogamos a la familia humana afligida por el pecado, los Pródigos de la parábola, que se reconcilien con Dios.

El Hijo del Hombre Salva

Versículo clave: “*El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.*”

— *Lucas 19:10*

Escrituras Seleccionadas:

Lucas 19:1-10

hoy y estamos sumamente interesados en su consecución.

El contexto de nuestra Escritura seleccionada fue la de Jesús visitando Jericó. Zaqueo, un recaudador de impuestos para los romanos, intentaba ver al Maestro. Como su baja estatura frustraba sus esfuerzos, rápidamente trepó a un sicómoro para ver mejor y allí esperó. Sus esfuerzos fueron enormemente recompensados. “Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso” (Lucas 19:5,6) ¡El compañerismo en la casa de Zaqueo esa noche debió de haber sido maravilloso! Se convirtió en un seguidor de Jesús, y los recuerdos de esa velada juntos, sin duda, brillaron en su corazón durante el resto de su vida.

En marcado contraste con la actitud acogedora de Jesús hacia Zaqueo, los líderes religiosos judíos lo despreciaron. En su opinión era un pecador perdido, digno de desprecio, porque servía como recaudador de impuestos para los ocupantes romanos. Su reacción negativa a que Jesús fuera a la casa de Zaqueo pudo deberse a la reprimenda sutil implícita en su elección. Él prefería hospedarse con un pecador ferviente que con una hueste de justicia propia. Aprendemos una valiosa lección del ejemplo de nuestro Señor: es un defecto endémico de nuestra raza caída menospreciar a otros que no consideramos tan santificados como nos creemos nosotros. Jesús, sin embargo, estaba siguiendo el ejemplo de su padre: “Porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.” —1 Sam. 16:7

Recordemos que no tenemos nada de lo que jactarnos. Todo lo que tenemos lo hemos recibido de Dios y dependemos totalmente de su gracia para con nosotros en Cristo Jesús (1 Cor. 4:7; 2 Tim. 2:1). Por lo tanto, nunca debemos mostrar desdén hacia nuestro prójimo, sino más bien debemos manifestar el mismo amor, misericordia y simpatía que Jesús ejemplificó en su tratamiento de Zaqueo.

Una impresionante lección de juicio severo, en contraste con el amor de Jesús, se encuentra en el Evangelio de Lucas. Mientras Jesús viajaba hacia Jerusalén envió mensajeros delante de él. “Entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén. Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan,

dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas” (Lucas 9:51-56). De igual modo debemos ser siempre conscientes del “espíritu que somos”, pues no estamos aquí para “perder las almas de los hombres”, sino para trabajar con Jesús para salvarlas.

Como representantes de Cristo en el mundo actual hacemos bien en refrescar nuestras mentes con su declaración de misión diariamente al despertar. Hemos de salvar las almas de los hombres, no perderlas, pues el Hijo del Hombre ha venido a “buscar y salvar lo que se había perdido.”

Venid en pos de mí

Versículo clave: “Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.” — Mateo 4:19

Escrituras Seleccionadas:
Mateo 4:12-22

EL LLAMADO al servicio de Dios en la predicación del Evangelio se capta atemporalmente en nuestro versículo clave, y todos los que recuerdan el contexto de nuestra lección se asombran de la respuesta decidida de los invitados: “Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron” (Mateo 4:20). Sin duda, las palabras de Jesús les resultaron muy persuasivas, incluso aún nos persuaden dos mil años después de la fecha en que se pronunciaron. La voz de Jesús tiene un inconfundible tono de autoridad y espiritualidad. Queremos seguirlo como las ovejas siguen a su pastor. Jesús señaló que cuando él llama a sus propias ovejas “las ovejas le siguen, porque conocen su voz.” —Juan 10:4

Los discípulos mencionados en nuestra Escritura seleccionada tenían otra causa para seguir a Jesús con tanta premura. El Evangelio de Lucas revela que ocurrió un milagro en el momento de la invitación del Maestro. Mientras estaba de pie junto al Mar de Galilea, que Lucas llama “Lago de Genesaret”, Jesús subió a uno de los botes vacíos de la orilla que pertenecía a Simón y le pidió que se alejara una poca distancia de tierra para

enseñar a las multitudes desde el barco. Cuando terminó de hablar Jesús dijo a Simón; “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red, Y habiéndolo hecho, encerraron una gran cantidad de peces, y su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían.” —Lucas 5:1-7

Simón Pedro, cuando vio lo sucedido, “cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él, y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron.” —vv. 8-11

Nosotros, como seguidores de Jesús, sacamos una lección importante de este evento. Los discípulos eran pescadores profesionales y conocían bien su oficio. Habían pescado toda la noche sin atrapar nada, y ahora un extraño les dice que echen sus redes. Tal vez con un suspiro y algo de renuencia, Pedro obedeció. La captura masiva resultante de peces llevó a Pedro a sentirse abrumado por la emoción: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.” Sin embargo, la voz del Maestro fue tranquilizadora: “No temas”, y Simón lo siguió de inmediato. También podemos encontrar circunstancias en nuestras vidas que parecen abrumadoras o inútiles. Sin embargo, debemos obedecer

las palabras de Jesús a pesar de nuestros pensamientos en contra. Él se encargará de que otorgar la bendición mientras le sigamos.

Juan el Revelador proporciona una descripción adecuada de aquellos que siguen de cerca a Jesús: “Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va” (Apoc. 14:4). No buscan un camino más fácil ni un atajo en la vida. Dondequiera que vaya el Cordero, lo siguen de cerca. Escuchemos a diario al Maestro cuando dice: “Venid en pos de mí.”

Estudio VIII

EL REPOSO, O EL SÁBADO DE LA NUEVA CREACIÓN

Parte 1

En cuanto a los millones de cristianos nominales de nuestro tiempo, ellos no sólo han fallado de captar el carácter verdadero de la gracia de Dios y el llamamiento presente de la Nueva Creación, sino, en su gran mayoría, han fallado de comprender la ley de la Nueva Creación, y han interpretado mal sus libertades, sus símbolos, etc. La Cristiandad adquirió concepciones falsas del bautismo, la Cena del Señor, etc. tanto como concepciones falsas divinas del Sábado, de la Ley y del Pacto con la Nueva Creación, y ella las enseña al mundo. Es evidente que nunca fue la intención del Señor que la “Cristiandad” nominal debiera comprender o apreciar la verdad respecto a estos temas durante el tiempo presente. Así como declaró el Apóstol: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre [el hombre natural], son las que Dios ha preparado para los que le aman”. La Cristiandad nominal tampoco captó su voluntad y su plan concernientes al “rebaño pequeño”. “Pero Dios nos las reveló a nosotros [nos reveló estas cosas] por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios [su buena, agradable

y perfecta voluntad que nos concierne, ahora y para el futuro]”. La Cristiandad nominal no apreciando el espíritu del llamamiento superior, ni la Ley perfecta de la Libertad que pertenece a los elegidos, no siendo capaz de apreciarlos porque les falta el Espíritu del Señor, no estamos sorprendidos que reglas y ceremonias, días de ayunos, penitencias, restricciones de un tipo u otra, días santos y días de sábado, se hacen hierros y cadenas sobre la Cristiandad nominal. No es sorprendente tampoco como algunos del verdadero pueblo del Señor, los “elegidos” del “rebaño pequeño”, se hicieron más tarde tan enredados en esta servidumbre que fueron privados, en una gran medida, de la libertad verdadera de los hijos de Dios.

No sacamos de eso un argumento contra la observancia del primer día de la semana. Al contrario, nos regocijamos de que, por la providencia divina, este día sea observado de manera tan general a través del mundo civilizado. Gracias a esta observancia general, el pequeño número de los consagrados tiene ventajas y privilegios especiales de los cuales pudieran ser privados si la observancia de este día fuera menos general. Por todas partes, la Nueva Creación puede seguramente regocijarse mucho de tener la ocasión favorable de reservar cada siete días especialmente para el culto, la comunión espiritual, etc. Sería un perjuicio grave que sufrirían todos los fieles de Dios si este uso general viniera a desaparecer. Por esta razón, si no por otra, les conviene a todos los que pertenecen al Señor, no sólo a quienes que emplean este día con reverencia, sobriedad y en el ejercicio y la alegría espirituales, sino además que utilizan su influencia a favor de su observancia, que por

sus palabras o por sus actos, su observancia no sea descuidada entre la gente en general.

Sin embargo, lo mismo que algunos se equivocan creyendo que el séptimo día de la semana del Pacto judaico era una *servidumbre* para todos los hombres, así otros han venido bajo una *servidumbre* semejante en cuanto al primer día, engañados por la idea errónea que, por orden divino, este día había revestido la misma santidad exterior que la del séptimo día entre los judíos sometidos a su Pacto de la Ley como “casa de siervos”, “bajo la Ley” y no bajo la Gracia. En realidad, muchas personas no muy religiosas ellas mismas, y que no confiesan ninguna consagración, hacen mucho caso de las observancias, y perderían todo aprecio por los verdaderos hijos de Dios que descuidaran en cualquier medida de emplear el primer día de la semana para el culto y la alabanza, o que, al contrario, la emplearan para hacer un trabajo secular. Por todas estas razones, les aconsejamos a todos los que discernen muy claramente la libertad por la cual Cristo libera, de no abusar de su libertad con el fin de no hacer tropezar a nadie, sino al contrario, de emplearla más bien como para Dios y para unos a otros, para las ocasiones favorables que ella da para crecer en gracia, en conocimiento, y en todos los frutos del Espíritu. Aconsejamos que, en todos los límites razonables, el pueblo consagrado del Señor, y, en la medida en que se ejercita su influencia, sus familias — los hijos menores como los miembros adultos — observan escrupulosamente el domingo. Todos deberían saber que tal día es apropiado para el culto y la alabanza, y que es también necesario para el descanso físico, no sólo para la Iglesia, sino para el mundo.

Aunque siendo totalmente libres de la Ley judaica, podemos sin embargo discernir que, ya que sus disposiciones han sido tomadas por el Señor, hay toda probabilidad que además del significado típico de las disposiciones de Israel, también comprendían una ventaja práctica. Por ejemplo, podemos ver un significado típico en el nombramiento de ciertas carnes animales como puras, y otras como impuras e impropias al consumo, y aunque no podamos comprender exactamente cómo y por qué algunos de estos alimentos son malsanos, perjudiciales para la salud, tenemos toda razón para creer que tal es el caso, por ejemplo como la carne del cerdo, del conejo, de la anguila etc. No violamos ninguna ley comiendo estas cosas, porque no somos judíos; sin embargo, nosotros deberíamos desconfiar más bien de eso, y estar sobre aviso para saber a cuál punto ellas convienen o no a nuestra salud, porque estamos obligados a observar todas las leyes de higiene, por lo que sepamos discernirlas.

De manera análoga, podemos ver en el reposo de cada siete días concedido a Israel, no sólo la enseñanza típica, sino que la medida necesaria para las condiciones humanas actuales. Se admite generalmente, aun entre los que ignoran totalmente la Palabra divina, que un descanso cada siete días es ventajoso, no sólo para la especie humana, sino que también para las bestias de carga. Además, algunos pretenden que esta ley sobre la necesidad de un descanso en consecuencia de un trabajo continuo se aplica a ciertas cosas inanimadas. Por ejemplo, el material móvil de los ferrocarriles, etc. Extraemos lo que sigue del "*London Express*" para ilustrar este punto:

“Puede parecer extraño de oír a personas hablar de un eje acerado y cansado”, o de un “carril cansado”; sin embargo, oímos esto en los ferrocarriles y en sus talleres y consideramos que estas expresiones son exactas. “¡Un metal sin vida que está cansado! ¡Qué idea!” piense tal vez, pero los expertos en la materia declaran que el trabajo fatiga el metal, y que tiene, como ustedes, necesidad de descanso.

“¿Qué es lo que provocó la rotura del eje?” pregunta el director del movimiento. “El cansancio del metal” responde el verificador. Esta respuesta es frecuente, a menudo confirmada por los hechos. A veces, un eje se rompe o una rueda se destempla, bajo una carga mucho menos fuerte que una carga acostumbrada, y el examen más minucioso posible no revela ni defecto ni debilidad, lo que conduce a los ingenieros a hacer responsable el “cansancio del metal”. Los tendones acerados pueden cansarse totalmente como músculos de carne, y el metal que no tiene descanso dejará de hacer su trabajo y pueda presentar un gran peligro. Por lo menos, es lo que dicen los ingenieros, afirmando además que, sin descanso, la atracción de las moléculas de metal unas hacia otras se debilita, hasta que el punto de rotura padezca. Entonces dificultades sobrevienen.”

En Francia, en consecuencia de la Revolución y de su período de incredulidad, se resolvió de suprimir el Sábado bíblico — cada siete días — para reemplazarlo

por un día de descanso sobre diez¹, pero este arreglo no dio satisfacción; los franceses, con todo lo deseosos que fueran de aplicar sobre eso el sistema métrico, descubrieron rápidamente que la Naturaleza tenía sus propias leyes y que marcaba el número 7 de su aprobación de alguna manera inexplicable. Por ejemplo, ellos encontraron que el punto culminante de una fiebre se efectuaba el séptimo día, el decimocuarto día o el vigésimo y uno día o el vigésimo y octavo día, y que si no se consigue algún mejoramiento el treinta y quinto día o antes, es habitualmente la muerte que sobreviene. Fueron incapaces de cambiar esto y de obtener que las fiebres alcancen su punto culminante según el sistema decimal.

Por eso, lejos de abogar por el abandono del domingo cristiano, recomendamos con insistencia que se mantenga en el interés del hombre natural tanto como en el interés espiritual de la Nueva Creación. Recomendamos con insistencia también que nada se haga que pueda en algún sentido o en cualquier grado suspender o rechazar esta gran bendición que nos alcanzó indirectamente por la Ley judaica. En realidad, estaríamos felices si todos pudieran considerar este día como un día de devoción *voluntario* al Señor, pero ya que la mayoría no puede discernirlo así, podemos también permitirles o no quedarse en una ilusión inofensiva respecto a este tema, una ilusión que puede ser realmente a su ventaja.

La Nueva Creación no necesita ninguna opinión especial concerniente al *empleo* apropiado de este día,

¹ 1793. — Calendario Republicano: véase el diccionario. —*Trad.*

porque sus miembros comprenden bien que su vida ha sido consagrada completamente, devotada al Señor y a su servicio. No andando según la carne sino según el espíritu, las Nuevas Criaturas procuren sacar provecho especialmente de tal ocasión favorable para glorificar a Dios en su cuerpo y su espíritu. La alabanza, las acciones de gracias, las meditaciones y las exhortaciones, en armonía con la Palabra y el plan divinos son completamente apropiadas este día. No obstante, no insistimos para que el Día del Señor, o el Domingo, sea obligatoriamente reservado exclusivamente para el culto religioso. Dios no dio tal mandamiento, y nadie más tiene el derecho de hacerlo. Sin embargo, donde esté nuestro corazón, donde estén nuestras simpatías y nuestro amor, tomaremos gran placer de encontrarnos en eso, y podemos concluir sin temor que cada miembro de la Nueva Creación encontrará su alegría más grande, su placer más grande, en la compañía y la comunión del Señor y de los hermanos, y que, por consiguiente, se olvidará muy raramente de reunirse con ellos, como las Escrituras nos exhortan pero sin mandarlo. —Heb. 10:25.

Lo que hacemos voluntariamente como para el Señor, sin haber recibido el orden, es la prueba tanto más grande de nuestro amor y de nuestra lealtad hacia él y hacia los suyos, y sin duda alguna, la apreciará en consecuencia. Un buen número de los miembros de la Nueva Creación tiene hijos o pupilos confiados a su cuidado, a los que deberían aprender correctamente las conveniencias de observar el domingo, sus ventajas y las libertades de las cuales que pueden gozar razonablemente. Nada en la Palabra de Dios sostiene la

esclavitud tiránica que se ha colocado en los hogares cristianos bajo la denominación del sábado puritano; según esta ley, una sonrisa el domingo sería un pecado, besar a su hijo sería un crimen, y hacer un paseo apacible o sentarse debajo de los árboles y contemplar la Naturaleza sería una profanación — aun si, en la contemplación, el espíritu se eleva de la Naturaleza al Dios de la Naturaleza. No obstante, teniéndonos muy al lado de esta concepción falsa, no vayamos al otro extremo, como hacen muchas personas que aprueban una conducta exuberante, juegos, una música profana, o un trabajo de cualquier género que pudiera hacerse otro día. Los hijos de la Nueva Creación deberían, de toda manera razonable, reflejar el espíritu de sobrio sentido común que Dios prometió a sus padres por el Espíritu Santo y por la Palabra de la Verdad. Observar de una manera racional y digna el primer día de la semana como día de descanso, de mejoramiento mental y moral, de amable compañía en el seno de la familia y entre miembros de la familia del Señor — la Nueva Creación — traerá seguramente una bendición a todos los interesados.

Otra consideración importante que hay que tomar, concerniente a la observancia del domingo, es aquella de las leyes del poder existente. En numerosos estados, ciertas leyes y ciertas reglas existen tocantes al domingo. El pueblo del Señor debe someterse a las leyes, no menos sino más que los otros, en todo lo que no entra en conflicto con su conciencia. Si, por lo tanto, la ley civil ordenara dos o tres sábados a la semana, la Nueva Creación debería observarlos y considerar esta disposición como una bendición que le multiplica las

ocasiones favorables para su desarrollo espiritual. No obstante, dado que estos sábados serían de origen mundano y no un mandamiento divino, la Nueva Creación no debería sentirse obligada a observarlos *más allá* del límite donde el mundo considera que sus leyes están satisfechas.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de mayo - junio de 2019)



El día apropiado para observar la Cena
Commemorativa es jueves, el 18 de abril de 2019,
después de la puesta del sol.

